

“Nueva Economía-2000”: nueva brecha entre norte-sur

Introducción: guerra de “títulos”

En el foro económico de Davos-2000 se acuña el concepto “Nueva Economía”, asentada en la revolución del Internet, que multiplicará las transacciones comerciales y culturales. Esta nueva economía de Davos es simplemente una reconfirmación eufórica de la globalización neoliberal, estilo norteamericano, que ha gestado el concepto del “hombre de Davos”. Desde 1998 se comienza a hablar de “La Tercera Vía”, de A. Giddens, y del documento firmado por Tony Blair y Gerhard Schröder: “Europa: La Tercera Vía”¹. La traducción española lleva como subtítulo: *La renovación de la socialdemocracia*, que, dentro de ciertas variantes y discrepancias, ha inspirado “La Declaración de París”, en el XXI Congreso de la Internacional Socialista, en noviembre de 1999. Comentando esta Tercera Vía planteamos una pregunta: “¿Hacia un pos-neoliberalismo?”².

También levantan la voz quienes se oponen radicalmente a la Nueva Economía de Davos-2000 y a la Tercera Vía de la socialdemocracia, presentando los lineamientos de una “economía equivalente”, con el título: “El nuevo proyecto histórico: Fin del capitalismo global”. Estos autores, la mayoría alemanes, asumen una posición agresiva en contra de tres modelos que no ofrecen ninguna perspectiva de desarrollo para las mayorías: “(1) La dictadura del desarrollo al estilo de los tigres asiáticos, es decir, medio siglo de despiadada acumulación del capital en condiciones de flagrante antidemocracia, (2) La dictadura de la clase rentista mundial (capital financiero), conocida como neoliberalismo; (3) El “Tercer Camino”, de Tony Blair, que es la dictadura de la socialdemocracia del capital productivo que, dentro de las condiciones de pobreza y explotación de los países neocoloniales, no puede funcionar”³. No podemos dejar en el olvido el desconcierto de los antiguos países del Este europeo, en particular la situación de la gran Federación de Repúblicas Rusas, tensionada entre la nostalgia de la “Madre Rusia” y un capitalismo “sui-generis”, abatida por la desvergonzada

corrupción de los “siete o diez Zares” y el caos económico generalizado. El premio Nobel de literatura, Alexander Solzhenitsin, describe esta situación en su reciente obra: *El colapso de Rusia*, actualizando los análisis del historiador Yuri Afananiev⁴.

La “guerra de los títulos” enmarca posiciones antagónicas frente a la nueva economía mundial, reclamando, por diversas vías, un nuevo orden internacional; sea por la profunda reforma de las instituciones internacionales (ONU, FMI, BM, OMC...), sea por la creación de una autoridad mundial que regule el poder monopólico del “mercado”, de suerte que se construya una “economía política”, es decir, una economía sometida a la autoridad política de la sociedad. Como dijera George Soros: “Podemos tener una economía de mercado, pero no podemos tener una sociedad de mercado. Además de los mercados, la sociedad necesita tener instituciones que sirvan para fines sociales, como la libertad política y la justicia social. Estas instituciones existen en países concretos, pero no en la sociedad global. El desarrollo de una sociedad global se ha quedado retrasado respecto al de una economía global. A menos que se acabe con esta distancia, el sistema capitalista global no sobrevivirá” (*ECA*, 1998, p. 900).

Baste recordar algunos hechos o cumbres del último quinquenio 1995-1999 para comprender esta guerra de los títulos y, sobre todo, el rechazo del nuevo orden económico global. La cumbre mundial sobre el desarrollo social, Copenhague, 1995, presentaba con estadísticas lacerantes tres grandes problemas mundiales: se desarrolla la pobreza, el crecimiento con desempleo y la insolidaridad social⁵. Dos años más tarde estalla la crisis financiera mundial, desde el epicentro del continente sudasiático, que hace tambalear a varias economías emergentes y a bastantes bolsas de valores. Cuando, en octubre de 1998, se reúne el Consenso de Washington (Grupo de los Siete, FMI, BM...) para evaluar los grandes desequilibrios económico-financieros gestados por los capitales especulativos, el presidente del Banco Mundial, J. Wolfensohn, lanza su desafiante discurso: “La otra crisis”, la crisis de pobreza, de desempleo y de exclusión de la mayor parte de la humanidad (*ECA*, 1998, pp. 1003-1009). Tres meses después, en enero de 1999, se reúne el foro económico de Davos, cuya agenda es: “La globalidad responsable; la gestión del impacto de la globalización”. Los documentos de antecedentes afirman que “el proceso de globalización se está desarrollando de forma irresponsable, en el sentido literal de la palabra. O sea, sin que nadie tenga control o responsabilidad sobre el mismo” (*ECA*, 1999, p. 465). En estos documentos se utiliza la expresión “crisis sistémica”.

En diciembre de 1999 estalla un clamor inesperado, que luego comentaremos brevemente. Se reúne, en Seattle, Estados Unidos, la conferencia de la Organización Mundial del Comercio (OMC), institución que reglamenta las cláusulas del comercio internacional. Por primera vez, los representantes de los países en desarrollo se niegan a firmar un documento final, porque ni antes ni en esta ocasión

habían sido consultados ni escuchados en la preparación de los borradores iniciales. Su negativa ha sido interpretada como una victoria, como un firme rechazo a una globalización al servicio de las multinacionales. Así nace el “hombre de Seattle”, que comentamos posteriormente. Cuando amanece el nuevo siglo y vuelve a reunirse el foro económico de Davos-2000, en un horizonte distinto al de 1999, los representantes de Estados Unidos tratan de desvanecer el “fantasma de Seattle”, creando el prototipo del “hombre de Davos”, fiel creyente y defensor de la “nueva economía” consagrada por la globalización (ECA, 2000, pp. 117). Como una mediación entre el hombre de Davos y el de Seattle tuvo lugar en París, en noviembre de 1999, la reunión de la Internacional Socialista, que agrupa 170 partidos miembros y cuyo programa de acción es la construcción de un nuevo orden internacional (ECA, 2000, p. 60).

Dado que las cumbres y los hechos mencionados han sido más extensamente comentados en la bibliografía aquí citada, las presentes páginas prolongan las mismas reflexiones sobre la creciente brecha y distanciamiento norte-sur, agravados por los asimétricos desarrollos tecnológicos que determinan las fuerzas del comercio internacional. Nos referimos con cierto detalle a la Conferencia sobre Desarrollo y Comercio, organizada por las Naciones Unidas (UNCTAD), en febrero de 1999, siempre en relación con las reuniones de Seattle y de Davos-2000.

En enero-febrero 2000 han tenido lugar dos reuniones mundiales relacionadas con la globalización comercial, aunque sus agendas y participantes son grupos diferentes y diferenciados. En Davos-2000 se reúne la elite del capitalismo mundial para celebrar el período más largo, 107 meses, del crecimiento sin inflación de la economía norteamericana y publicitar el auge esperado del comercio-internet. El foro de Davos no emite reglamentos ni edita un documento final suscrito por los participantes; es una reunión de información, de hacer contactos, propuestas y publicidad de los nuevos adelantos tecnológicos aplicados a la globalización comercial. Se congregaron unos 33 jefes de Estado y de Gobierno, 300 políticos en ejercicio, más de mil ejecutivos de grandes empresas y centenares de expertos en todos los ramos del saber. Como dato significativo, los ilustres participantes cotizaron 20 000 dólares, más gastos de traslado y alojamiento en este balneario de invierno. Se trata de la elite capitalista.

En la segunda semana de febrero se reúne en Bangkok, Tailandia, la décima Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, que organiza cada cuatro años Naciones Unidas y que agrupa 160 Estados miembros. Tampoco esta cumbre emite reglamentos precisos ni se edita un documento final que sea suscrito por los Estados miembros. Se trata de evaluar, desde la perspectiva de los países en desarrollo, los problemas que la globalización comercial ha generado a los Estados más afectados por la crisis financiera mundial, por el pesado gravamen de la deuda externa y su rezago tecnológico. Que los países industrializados escuchen, en forma dialogada, estas solicitudes de los países pobres y puedan ser transferi-

das a Ginebra, sede de la Organización Mundial del Comercio (OMC), donde proseguirán las negociaciones interrumpidas en Seattle. Lo que se pretende es “reanudar el diálogo” y “desdiabolizar la globalización”. Rubens Ricupero, Secretario General de la UNCTAD, introdujo la reunión con un documento de sesenta páginas: “Más allá de la unificación de mercados: una comunidad universal de conocimientos compartidos y cooperación en pro de la seguridad y el desarrollo”. Este documento presenta el escenario-2000 del comercio internacional, con miras al diálogo y acercamiento de desarrollados y no desarrollados, hablando a unos y a otros. El Salvador envió su representante a esta cumbre de las Naciones Unidas.

El tema de la globalización comercial es uno de los principales desafíos de la economía salvadoreña, implicada en las largas negociaciones del TLC con México y del ICC con el Senado-Congreso de Estados Unidos. Nuestro crónico déficit de la balanza comercial y el estancamiento de las exportaciones tradicionales y no tradicionales nos motivan a prestar cierta atención a los flujos y reflujos de estas cumbres mundiales. Hay que tener presente que la globalización no es un hecho consumado, sino un proceso en realización que determina nuestro futuro.

1. Los “manifestantes”, un signo de nuestro tiempo

Una forma de conocer mejor la globalización y la “nueva economía-2000” es escuchar las recriminaciones que las sucesivas riadas de manifestantes han reiterado en recientes cumbres o reuniones mundiales. Así lo aconsejó Bill Clinton en la reunión de Davos-2000: “No podemos pretender que la globalización es simplemente un asunto económico”. La globalización no ha resuelto e incluso ha agravado serios problemas como la desigualdad entre las naciones desarrolladas y atrasadas, y los pobres y los ricos en los países más ricos. Por ello Clinton, escuchando a los manifestantes de Seattle y Davos, solicitó a las multinacionales más importantes tomar en consideración las voces de quienes critican la globalización económica, para obtener incluso un apoyo popular a este proceso de liberación y revolución tecnológica”⁶.

Nos referimos a la globalización en su aspecto de revolución tecnológica en los campos de la microelectrónica, informática-internet, nuevos productos y nuevos procesos de producción, donde las empresas y los gobiernos gestores de esta revolución reclaman la mayor liberación para sus transacciones internacionales. Al mismo tiempo que crece la conciencia de regular los flujos especulativos de capitales de corto plazo que abaten las economías de naciones emergentes y no emergentes (crisis financiera 1997-2000), se defiende imperativamente la libre movilidad internacional de los bienes y servicios generados por la nueva economía de la informática. Sin embargo, como lo dijera Joseph Schumpeter, las revoluciones tecnológicas son un proceso de “creación destructiva”; al mismo tiempo que unos se benefician de la creación tecnológica, otros sufren las conse-

cuencias de su destrucción. Las revoluciones tecnológicas, destinadas a mejorar la producción civil, siendo fundamentalmente buenas y positivas, no son equitativas y, en consecuencia, reclaman un cierto control y regulación. Aquí surgen las confrontaciones y recriminaciones de que son portavoces diversos grupos de manifestantes.

Aunque siempre han existido manifestantes y manifestaciones, la atención mundial fue sacudida recientemente por los 40 000 manifestantes congregados en Seattle (diciembre 1999) con ocasión de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. Se trataba de ecologistas, sindicalistas, estudiantes, obreros... que, enfrentados a la policía, retrasaron cinco horas el inicio de la conferencia mundial. Los manifestantes expresaron estar en la calle "para dar la palabra a aquellos que jamás la han tenido y para que la OMC escuche la voz de los ciudadanos... La ley de las multinacionales no es la democracia". Se trata de que los pequeños países se hagan escuchar. "Abajo Babilonia" decía una pancarta. Para los manifestantes, "la Organización Mundial del Comercio es la Babilonia del segundo milenio, una especie de siniestra organización de rostro anónimo, convertida en el motor de una globalización que sólo favorece a las grandes empresas multinacionales", "Gracias a la OMC por habernos puesto en movimiento", decían los manifestantes.

La pregunta obvia es por qué la OMC puso en movimiento organizado a este heterogéneo grupo de 40 000 manifestantes. Estos manifestantes no están en contra de los avances tecnológicos que reducen costos de producción, generan nuevos productos y pueden mejorar las condiciones de vida de las poblaciones presentes y futuras. La revolución tecnológica es un fenómeno presente, que no se puede sofrenar ignorando o destruyendo el nuevo equipo productivo, al modo de aquellos obreros del siglo 19 que pretendían detener la revolución industrial destruyendo las máquinas que los expulsaban de sus trabajos. Sin embargo, la comparación sirve para recordar uno de los efectos negativos de la actual revolución tecnológica: a través de la asimétrica competitividad de la revolución informática se ha generado, sobre todo en el tercer mundo, "una tendencia hacia la estagnación dinámica" (jobless-growth), el bloqueo al crecimiento del capital productivo, ante la libertad de los flujos de mercancías, productos y capitales" (Frank Hinkelammert).

Arthur Schelensinger, quien fuera asesor del presidente J. F. Kennedy, analiza los efectos de esta "ley de la aceleración": "La revolución industrial se extendió sobre generaciones y dio tiempo a reajustes humanos e institucionales. La revolución informática es mucho más rápida, más concentrada y más drástica en su impacto... Mientras la revolución industrial creó más puestos de trabajo de los que destruyó, la revolución informática amenaza con destruir más puestos de trabajo de los que crea. Amenaza con levantar también nuevas y rígidas barreras de clase entre los instruidos y no instruidos. La desigualdad económica ha au-

mentado en los Estados Unidos, hasta el punto de que son mayores las disparidades en el igualitario Estados Unidos que en las sociedades clasistas de Europa..." (ECA, 1998, pp 897-898).

Las recriminaciones de los manifestantes de Seattle, Davos y Bangkok van más allá del rechazo a un crecimiento con desempleo. Se agrega, en particular, el crecimiento con discriminación y desigualdad de ingresos y riqueza, de dominantes y dominados gestados por la revolución informática-internet. Hay, además, una razón más profunda que justifica la confrontación y el rechazo: la globalización neoliberal planifica vertical y autoritariamente estas relaciones asimétricas, controlando las normativas que impone la Organización Mundial del Comercio. Por ello, los manifestantes de Seattle califican a la OMC como la "Babilonia del segundo milenio"; mientras que los manifestantes de Davos se dirigían a la elite del capitalismo mundial con el epíteto de "No al politburó de la Internacional Capitalista". En reciente artículo se ha descrito con más detalle el proceso de estas confrontaciones⁷.

El rechazo de los manifestantes no se debe sólo al hecho de que la policía antimotines les haya impedido hacer llegar su voz hasta el interior de la reunión, sino que en el seno mismo de esta conferencia no se haya escuchado ni consultado la voz de los países en desarrollo ni en la preparación de los borradores, ni en la elaboración de los documentos finales. Ha sido esta exclusión planificada, esta negación de las libertades más fundamentales, lo que motivó la cólera de los representantes de los países pobres y la consecuente negativa a suscribir un acuerdo final inconsulto y prefabricado. Los países africanos denunciaron acremente su marginación en todo el proceso de negociaciones. "No hay transparencia alguna y americanos y europeos juegan con nosotros con la política del palo y la zanahoria". Cuando las discusiones, a puerta cerrada, se eternizaban y no se filtraba la menor información, los delegados de los países pobres aguardaban pacientemente en los pasillos: "No sabemos qué decisiones se van a tomar y una vez más se nos pedirá suscribir un texto que ni tendremos tiempo de leer". "En la Organización Mundial del Comercio triunfó el desacuerdo de los países emergentes y en desarrollo, que se negaron a firmar acuerdos finales, cuando ni siquiera habían sido consultados en la redacción de los previos borradores"⁸. El neoliberalismo, defensor de las libertades ciudadanas, niega a los representantes de los países en desarrollo la más fundamental libertad de ser escuchado y de opinar sobre tratados comerciales que determinan su propio destino. Esta es la contradicción interna del neoliberalismo que, en Seattle, recibió el rechazo y el desacuerdo de los que no tienen voz.

La escena se repite dos meses más tarde en el foro de Davos, Suiza (enero 2000), donde se había reunido la elite del capitalismo mundial. El foro de Davos fue una reunión plagada de claroscuros. Por una parte, los portaestandartes de la "nueva economía", esencialmente los norteamericanos, hacen el panegírico de la

consistente prosperidad (107 meses de crecimiento sin inflación), de la racional exuberancia de la bolsa de valores, de la prosperidad económica abierta por el Internet y, en consecuencia, de la irracionalidad antiglobalista manifestada en Seattle. Sin embargo, en los discursos de los ponentes, y sobre todo de Bill Clinton, se percibía la presencia del fantasma de Seattle. El millar de manifestantes de Davos calificó a este foro como “reunión de asesinos: no permitiremos que los inversionistas despojen al pueblo”. Un breve relato de este foro económico quedó reflejado en reciente comentario⁹.

En la décima Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) Bangkok, se hicieron presentes algunos manifestantes de esos países pobres. En esta ocasión, la principal víctima fue Michel Candessus, presidente saliente del Fondo Monetario Internacional; ha recorrido todo el mundo la foto de M. Candessus con su rostro manchado por una tarta de crema tailandesa, lanzada por un manifestante. Era una grotesca despedida a quien ese día terminaba su larga gestión de trece años al frente del Fondo Monetario Internacional, institución embrollada, por acción y por omisión, en la crisis financiera 1997 del bloque sudasiático. Más adelante hacemos mención de su discurso de despedida, avalando la construcción de un “nuevo orden”, que asegure un mundo más equitativo.

2. El “hombre de Davos” y el “hombre de Seattle”

Lluís Barrets, periodista de *El País*, presenta la reunión de Davos-2000 como “Un foro para vender el éxito de la nueva economía”. El foro estuvo dominado por la euforia de la economía norteamericana, su probada solidez, la racionalidad de la bolsa de valores, el culto al totem del Internet y las expectativas de un crecimiento del 4 por ciento de la economía mundial. Un entorno muy distinto al de Davos-1999. Sin embargo, en Davos-2000, el fantasma de Seattle deambuló durante toda la semana. “Tras el fracaso en la Cumbre del Milenio en Seattle, el Foro de Davos ha intentado aprender la lección, aunque no ha podido evitar que los manifestantes llegaran hasta sus puertas. El historiador Samuel Huntington se ha inventado un “hombre de Davos” enfrentado al “hombre de Seattle”, para explicar las dos culturas políticas y sociales que se enfrentan en torno a la globalización”¹⁰.

Joaquín Estefanía se extiende sobre el significado de este binomio confrontativo: El “hombre de Davos” es un concepto que ha acuñado el politólogo S. Huntington para definir el arquetipo de la persona que acude una vez al año a la localidad de los Alpes suizos a discutir sobre el capitalismo. Partidario de la globalización sin matices, norteamericano de nacimiento o de vocación, hagiógrafo de la nueva economía y de las tecnologías avanzadas, al hombre de Davos le ha aparecido un contraparadigma en Seattle, que ha vuelto a emerger la pasada semana en Bangkok, la capital tailandesa, en la Conferencia de las Naciones

Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). Estefanía comenta que el “hombre de Seattle” es más numeroso pero con menor poder que el hombre de Davos; entre los críticos de la globalización cohabitan especímenes distintos: proteccionistas, sindicalistas, ecologistas, globafóbicos..., opuestos a la forma en que se desarrolla la globalización. Si bien la globalización cuenta con aspectos positivos, como la expansión de capital que llega a los países emergentes y ha aumentado el grado de bienestar, sin embargo prevalecen los efectos negativos: el distanciamiento generado entre zonas emergentes y países en desarrollo, y sobre todo la marginalidad de los países pobres fuertemente endeudados. Se agrega el gigantesco crecimiento de la desigualdad en las rentas y en la riqueza. “La época de la globalización se distinguirá como la era de las desigualdades más profundas. No sólo entre el Norte y el Sur, sino en el seno de las sociedades más ricas”.

Si la globalización es un fenómeno de nuestro entorno, ello no nos inhibe de ser críticos de sus aspectos nocivos. “El problema está en gobernar la globalización, domesticar sus aspectos más salvajes”. Estefanía menciona dos medidas: la regulación de los movimientos de capitales, aplicando la “Taxa-Tobin”¹¹, y la propuesta de creación de un Consejo de Seguridad Económica en el seno de las Naciones Unidas, que asegure la paz económica ante las crisis financieras. “Por ahora, sólo utopía”, propuesta en la Declaración de París, en noviembre de 1999. Estefanía recuerda las palabras de M. Candessus en la reunión de Bangkok: “por mucho que el FMI se esfuerce en sostener el crecimiento económico y la estabilidad financiera, aún es probable que ocurran crisis sistémicas”. Además, siempre está presente la crisis sistémica de la creciente pobreza¹².

Dando marcha atrás en el tiempo, el tema de la “crisis sistémica” y el “hombre de Seattle” aparecen en los comentarios antecedentes al foro económico de Davos-1999. Ese foro se inició en un escenario mundial asolado por el tornado de la crisis financiera de 1997... Los organizadores del foro se expresan como el “hombre de Seattle”. La agenda a deliberar era: “la gestión de la globalización”, y los primeros comentarios presagiaban un tenso debate. “La globalización debe adquirir un compromiso social que no tenga como contrapartida la miseria y la exclusión de millones de seres humanos en el planeta... Esta crisis es el resultado de una globalización que ha sido conducida de manera irresponsable. Los problemas creados por la mundialización han desembocado en una crisis sistémica. O se diseñan nuevas medidas para hacer frente a la crisis o estamos condenados a entrar en un período de caos endémico y sistemático”. El principal organizador de esta reunión, Klaus Schwab, “sostiene la necesidad de crear mecanismos globales e institucionales para lograr que la globalización se traduzca en fuente de bienestar para millones de personas, que han sido condenadas a la miseria y al desempleo”...

Se agregan otros comentarios: “Miseria y desempleo, destrucción masiva de la riqueza financiera y material. Estados sometidos a la especulación, un capita-

lismo salvaje que erosiona las normas más elementales de la convivencia, son algunos de los rasgos que advertirían una globalización irresponsable"... Uno de los comentarios finales anunciaba, con tiempo, lo que sería la crítica mayor en la Organización Mundial del Comercio: "La gestión de los desafíos económicos internacionales no puede seguir siendo monopolio exclusivo de las grandes potencias, a cuyas reuniones asisten los representantes y líderes de las naciones emergentes como invitados de piedra". Hay dos aspectos novedosos en el foro de Davos-1999. Primero, que sus organizadores critican el proceso de globalización con recriminaciones similares a los manifestantes de Seattle-1999 y Davos-2000. Segundo, que luego de las duras resistencias de los actores de la globalización, algunos de los asistentes llegan a una importante conclusión: "comprobamos algo ya presentado por muchos; nos hallamos de nuevo en el posneoliberalismo"¹³. Conviene recordar que los antecedentes de Davos-1999 rezuman las reflexiones que el presidente del Banco Mundial, J. Wolfensohn, emitiera ante el "Consenso de Washington", en octubre de 1998, en su impresionante discurso sobre "La otra crisis" (*ECA*, 1998, pp. 1003-1009).

3. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo: la Declaración de Bangkok

Del 12 al 19 de febrero tuvo lugar en Bangkok, Tailandia, la décima Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, que organizan cada cuatro años las Naciones Unidas. Esta conferencia, creada en 1960, agrupa a 160 Estados miembros y tiene por objetivo promover el desarrollo, sobre todo de los países pobres, a través del comercio internacional. Los temas de agenda serían similares a los tratados en la Organización Mundial del Comercio; pero mientras que la OMC es la instancia que reglamenta el comercio internacional, la reunión de la UNCTAD sólo es un foro donde se analizan estos problemas, con ánimo de ser presentados en Ginebra, sede de la OMC. Lo peculiar de la reunión de Bangkok es que estaba muy fresco el fracaso de la reunión de Seattle. Los manifestantes de Bangkok no son sindicalistas o grupos de presión occidentales, sino organismos no gubernamentales del sur, que defienden el desarrollo de los pobres. El comunicado de estas organizaciones, con fecha 10 de febrero, previo al inicio de la conferencia, muestra una clara desconfianza por la tentativa de atenuar la controversia surgida en Seattle. En expresión de un experto occidental, esta décima conferencia de la UNCTAD debería empeñarse en "desdiabolizar la globalización".

El borrador por discutir procura rehacer los puentes a la manera asiática: diálogo, búsqueda de consenso y medidas destinadas a restablecer la confianza, que se concreten en un plan de acción. Lo que se busca es que los países pobres no queden al margen de la globalización en el comercio internacional, dominado por los países ricos. Un objetivo mínimo es lograr que los países ricos ofrezcan una entrada abierta y total, sin cuotas ni taxas, a los productos de los cuarenta y

ocho países más pobres, cuyas exportaciones representan sólo el 0.5 por ciento del comercio internacional¹⁴.

Aunque en esta reunión de la UNCTAD no se suscribe un acuerdo final con cláusulas coactivas, las tensiones se hicieron presentes. De acuerdo con los reportes de las agencias, "el tema agrícola amenaza con arruinar la cumbre, igual que en Seattle". Las naciones industrializadas, que protegen y subvencionan sus exportaciones, se resisten a prometer amplias aperturas de sus mercados a los países en desarrollo, en particular a los productos agrícolas. No quieren que estos compromisos de buena voluntad se conviertan en normativa reglamentada por la OMC. Así, en el sexto día de la reunión quedaba bloqueada esta posible concesión de productos agrícolas hacia los países industrializados. Se solicitó que, por lo menos, este acceso quedara abierto a los 48 países más pobres del mundo. Aun en este caso se prefirió una fórmula vaga y limitante, haciendo referencia a "lo esencial de los productos" exportados y no a todos ellos. Por su parte, los países en desarrollo siguen solicitando "un compromiso moral" que abra el acceso "a todos los productos que exportan, en particular sus productos agrícolas y textiles".

Como sucediera en Seattle, los países pobres de Bangkok acusan a las naciones ricas de "proteccionismo" y de ayudas directas a sus agriculturas, sobre todo en la Unión Europea. Es lamentable y contradictorio que en la reunión del Grupo de los Siete (G-7), Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, Colonia (en junio de 1999), los países ricos se comprometieran a aliviar o condonar la deuda externa de los países pobres, por cierto en proporciones no muy relevantes, al mismo tiempo que en la reunión de Seattle y de Bangkok se resistieran a hacer estas mínimas concesiones. Es el cinismo y la amoralidad de los grandes que imponen la teoría y la práctica del libre comercio a las economías carentes de altas tecnologías y del Internet con arancel-cero, al mismo tiempo que aplican el proteccionismo a sus productos agrarios. Este cinismo y doble moral se hace más discriminante cuando los representantes de la Unión Europea dijeron, en Seattle, que su agricultura no es una rama cualquiera o una simple exportación; su agricultura tiene un carácter "multifuncional", es decir, su agricultura es una clase social con sus propias características políticas, sociales y culturales. Por lo visto, la agricultura y los agricultores del tercer mundo no son una clase social, sino una mercancía privada de toda ventaja comparativa y competitiva. Con toda razón, Joseph Stiglitz ha afirmado que la liberalización y el libre comercio es "un fraude intelectual", que en poco o en nada beneficia a los países pobres. Esta tesis le costó ser exiliado de la vicepresidencia del Banco Mundial, por presión de las fuerzas conservadoras de Estados Unidos.

Era lógico que teniendo lugar esta reunión de la UNCTAD en Bangkok, Tailandia, donde estalló la crisis financiera de junio 1997, los representantes de estos países mostraran sus divergencias sobre la reforma del sistema financiero

internacional, que dislocó, en pocas semanas, las florecientes economías del bloque sudasiático, aunque su sistema bancario también fue artífice de este debacle. No es de extrañar que M. Candessus, presidente del FMI, fuera despedido con un pastelazo de crema tailandesa. Mientras que se generaliza la conciencia de imponer controles mundiales a los flujos especulativos de los capitales de corto plazo, porque a todos pueden dañar y no faltan quienes hablan de la “burbuja” del *Wall Street*, sin embargo llegamos a una conclusión en el ámbito comercial: los países industrializados no admiten pactos precisos que se traduzcan en compromisos obligatorios a reglamentar posteriormente en Ginebra, sede de la OMC. Por lo menos se dio la oportunidad a los países del norte de escuchar que sus proteccionismos y subsidios agrícolas pueden tener repercusiones negativas para los países pobres del tercer mundo. Lo más triste es que los “compromisos morales” se convierten en palabras huecas de una a la siguiente reunión¹⁵.

4. Los discursos de M. Candessus y de Kofi Annan

M. Candessus pronunció su discurso de despedida como presidente del Fondo Monetario Internacional, y en respuesta a la agresión de que fuera víctima sólo dijo: “son gajes del oficio”. Hay dos razones para transcribir este discurso del presidente saliente del FMI. En primer lugar, por tratarse de su último discurso luego de 13 años al frente de esta criticada institución. En segundo lugar, y es lo más importante, porque plantea los problemas gestados por la globalización y las reformas que deben realizarse para que ella logre los efectos positivos a favor de toda la humanidad. M. Candessus nos viene a decir que hay que gobernar esa globalización que él mira como un fenómeno histórico benéfico para todos los países. Con este discurso, M. Candessus deja un legado a la nueva dirección del FMI, pues recuerda tonalidades similares a “La otra crisis” de J. Wolfensohn, presidente del Banco Mundial. Quizás no todos estemos en total acuerdo con todas y cada una de las afirmaciones de M. Candessus, pero nos deja un buen legado por reflexionar.

“La situación actual es paradójica. Por un lado, la situación es promisoría —en ciertos aspectos las perspectivas no tienen precedentes—, pero al mismo tiempo se observan una inestabilidad financiera y la cruel y angustiada “exclusión” de los más pobres. Debemos reconocer que esta ansiedad obedece a problemas reales, pese a que recientemente se ha superado a una velocidad jamás vista la crisis mundial más grave de los últimos 50 años y las perspectivas de un crecimiento sostenido han mejorado; en los países avanzados, la tasa de crecimiento del producto es ligeramente superior al 3 por ciento, y alrededor del 5 por ciento en los países en desarrollo.

Quisiera señalar tres dinámicas positivas: (a) Estamos superando una importante crisis económica y las enseñanzas de esa experiencia nos ayudarán a lograr una mayor estabilidad mundial. (b) Está surgiendo un nuevo paradigma de desa-

rollo. (c) Estamos más conscientes de que la globalización, si se maneja adecuadamente, puede convertirse en una gran oportunidad para el progreso mundial... Se está imponiendo un nuevo paradigma de desarrollo, y al respecto quisiera recalcar dos de sus principales características. Primero, se observa una progresiva humanización de los conceptos económicos básicos. Se reconoce que los mercados pueden fracasar y que, por sí sólo, el crecimiento no es suficiente y que puede incluso resultar perjudicial para el medio ambiente, el patrimonio social y los valores culturales. El único objetivo que vale la pena es un crecimiento de "alta calidad". Segundo, en las iniciativas recientes llama la atención el alentador reconocimiento de que el respeto por los valores éticos fundamentales converge con la búsqueda de eficiencia que exige la competitividad de mercado. Esta nueva tendencia es muy positiva para el crecimiento de alta calidad que queremos lograr.

Al mismo tiempo, el concepto que se tenía de la globalización está evolucionando. Hoy se reconoce que la globalización es positiva y que no es, como algunos han planteado, una fuerza ciega y potencialmente maléfica que debe ser controlada, sino —por el contrario— una lógica extensión de los mismos principios básicos de las relaciones económicas y humanas que dieron lugar a la prosperidad, que ya han alcanzado muchos países y que ofrece la mejor vía para mejorar la condición humana en todo el mundo. Si se trata, entonces, de una poderosa dinámica que promete un mundo mejor, ¿por qué tanta ansiedad y por qué tantos la rechazan como un símbolo de las nuevas tendencias económicas? La respuesta es que aún no se ha demostrado que la globalización se preocupe lo suficiente por el problema más grave de esta era, la pobreza, o que sea capaz de resolverlo.

La creciente brecha entre los ricos y los pobres, y el abismo que separa a los países más ricos de los más pobres, son moralmente inadmisibles, económicamente ineficientes y, desde un punto de vista social, potencialmente explosivos. Hoy es evidente que no basta aumentar el tamaño de la torta; la forma en que se reparte es esencial para el dinamismo del desarrollo. Si no ofrecemos esperanza a los pobres, la confrontación, la violencia y las conmociones civiles terminarán socavando la estructura de la sociedad. En ninguna parte podemos permitirnos el lujo de hacer caso omiso de la pobreza, pero es en los países más pobres donde ya no puede tolerarse la extrema pobreza. Es nuestro deber aunar esfuerzos para aliviar el sufrimiento.

Ya no es suficiente circunscribir estos aspectos a las conferencias internacionales. En nuestra labor con los países y las personas, debemos cerciorarnos de que estos principios se apliquen. El desafío es aunar esfuerzos para que los países en desarrollo puedan luchar contra la pobreza y movilizar los recursos necesarios para respaldar estos esfuerzos. Incluso con un mayor respaldo exterior, son los propios países pobres los que están en la primera línea de combate. Muchos de ellos ya nos están demostrando lo que se puede lograr cuando el

objetivo supremo es el desarrollo humano y el alivio de la pobreza. La experiencia parece sugerir un enfoque basado en cinco componentes: (a) Estrategias impulsadas por los países, en las que el alivio de la pobreza ocupe un lugar central en la política económica, y un renovado énfasis en un rápido crecimiento impulsado por el sector privado. (b) Políticas macroeconómicas correctas, elevadas tasas de ahorro e inversiones en capital físico y humano. (c) Promoción del libre mercado y adopción de políticas económicas orientadas hacia el exterior. (d) Instituciones económicas, sociales y políticas sólidas que respalden el funcionamiento de los mercados. (e) Un sólido componente social que incluya redes de protección social eficientes y bien focalizadas; una mayor orientación del gasto a favor de la educación y la atención a la salud, y esfuerzos por promover oportunidades de ingreso para los pobres.

Pero si el contenido de un programa es importante, el grado de respaldo nacional que se le otorgue reviste igual importancia. La clave del éxito reside en la "identificación" de los países con las políticas, a través de un enfoque participatorio que involucre a la sociedad civil en un diálogo constructivo. Los socios en la tarea del desarrollo pueden respaldar los esfuerzos de los países más pobres en tres ámbitos. Primero, en materia de comercio, pueden asignar prioridades al libre acceso a los mercados de todas las exportaciones de todos los países más pobres, incluidos los PPME (países pobres más endeudados), de modo que éstos puedan empezar a obtener mayores beneficios de su integración en el sistema mundial. Segundo, pueden alentar enérgicamente la afluencia de capitales privados hacia los países en desarrollo de más bajo ingreso, sobre todo la inversión extranjera directa. Tercero, pueden respaldar sus compromisos de reducir la pobreza con "apoyo financiero". Podemos confiar en que los organismos multilaterales harán su parte...

Un multilateralismo más vigoroso. El mensaje que quiero transmitirles es que debemos desplazarnos a un mayor nivel de cooperación internacional. Siempre corremos el riesgo de actuar en forma incoherente y de tambalearnos al primer obstáculo. Para evitarlo, es preciso asegurar una mayor coherencia en la formulación de la política internacional. La respuesta es un multilateralismo más vigoroso. Pero la comunidad internacional da con una mano y quita con la otra. Los gobiernos han adoptado la decisión trascendental —en el marco de las instituciones de Bretton Woods— de reducir aproximadamente a la mitad la deuda de 35 a 40 países pobres muy endeudados a través de la iniciativa para los PPME. Pero estos mismos gobiernos no han podido —en el marco de la OMC— iniciar una nueva ronda de negociaciones comerciales o ni siquiera eliminar las barreras que se imponen a las exportaciones de los países más pobres, especialmente los PPME. Observo esta misma incoherencia en el insuficiente avance en el logro paralelo de la paz y el desarrollo, sobre todo en África. Se ha dicho que desarrollo es el otro nombre de la paz. ¿Por qué nos olvidamos que la paz es también el otro nombre del desarrollo?

No podemos permitir que estas incoherencias, y todas las demás fuerzas regresivas en el mundo, frustren las esperanzas que ha generado la nueva dinámica que se ha puesto en marcha. ¿Qué es entonces lo que debemos hacer? La respuesta es sencilla: debemos renovar nuestro compromiso en favor de los principios del multilateralismo. Ello implica ampliar nuestra visión del sistema económico y financiero mundial, de modo que abarque no sólo el comercio y los pagos, sino toda la gama de transacciones internacionales a fin de crear un entorno internacional abierto, competitivo y estable. Es evidente que las negociaciones comerciales deben reanudarse y, en ese proceso, necesitamos convencer al público y a los dirigentes políticos —tanto en los países en desarrollo como en los países industrializados— de que el multilateralismo es la única forma de humanizar la globalización.

Hay otro aspecto en que sugeriría que la actitud de las autoridades debería ser más coherente. Me refiero a su respaldo político a las instituciones multilaterales. En algunos casos, los gobiernos prefieren no manifestar públicamente su respaldo a medida que en nuestros órganos directivos apoyan plenamente. En un mundo en que abundan las opiniones, en que las campañas demagógicas pueden surgir repentinamente, no podremos cumplir nuestras crecientes responsabilidades si no se nos considera como fieles instrumentos de la comunidad de naciones. Por lo tanto, es esencial que el Fondo Monetario Internacional y otras instituciones multilaterales sean percibidas ostensiblemente como entidades que cuentan con un respaldo político legítimo. Una reforma que he propuesto recientemente para resolver este problema es la creación de un órgano rector supremo en el FMI que, lejos de politizar indebidamente a la institución, establezca en forma inequívoca, ante los ojos del público, en quiénes recae la responsabilidad. Pero los gobiernos aún no están convencidos.

Si bien la globalización ha seguido hasta ahora los caprichos de fuerzas financieras y tecnológicas más o menos autónomas, ha llegado el momento de asumir estas responsabilidades y tomar la iniciativa para poder avanzar hacia la unidad mundial al servicio de la humanidad. Ello requiere instituciones que fomenten la reflexión, en los niveles más altos cuando sea necesario, y que garanticen la adopción y la aplicación de estrategias globales cuando los problemas parecen exigir una respuesta sólo a escala mundial. Otra recomendación, que guarda relación sobre todo con el deseo de lograr la coherencia, sería reemplazar cada dos años la reunión cumbre del Grupo de los Siete (u ocho) por una reunión de jefes de Estado y de Gobierno de los países que tienen directores ejecutivos en el FMI o el Banco Mundial... Como a esta reunión asistirían el Secretario General de las Naciones Unidas y las autoridades de los organismos multilaterales pertinentes, permitiría establecer un vínculo más claro y más sólido entre las instituciones multinacionales y un grupo representativo de líderes mundiales.

Estamos presenciando una poderosa dinámica que supone la promesa de una mayor estabilidad financiera, un nuevo paradigma de desarrollo y la posibilidad de humanizar la globalización. Esta dinámica nos ofrece la posibilidad de cumplir nuestro compromiso de reducir la pobreza y, a través de un multilateralismo más vigoroso, de enfrentar nuestros problemas en su dimensión global. No nos engañemos: los desafíos son enormes, pero la dinámica mundial para lograr un desarrollo equitativo y de alta calidad ya está en marcha. Es de esperar que a esa dinámica lo único que tengamos que aportar sea una colaboración animada por nuestro espíritu de responsabilidad y solidaridad con el prójimo” (FMI-BOLETIN, 28 de febrero de 2000, pp. 50-53).

Como a estas reuniones mundiales cada uno de los participantes llega con su discurso preparado, no percibimos de inmediato qué efectos tuvo este mensaje de despedida de M. Candessus en la presente reunión de Bangkok. Desde luego no parece haber conmovido la misericordia de los representantes de los países industrializados para comprometerse a abrir sus fronteras a las exportaciones, al menos, de los 48 países más pobres y endeudados. Tal vez sirva para humanizar algo más las nuevas negociaciones que tendrán lugar en Ginebra, sede de la OMC. El mismo boletín del FMI dedica un suplemento especial al FMI: una institución prácticamente universal. “Candessus ha procurado que todos los países se beneficien progresivamente de la globalización”. Es una especie de reparación por la agresiva despedida que uno de los manifestantes de Bangkok tributara al presidente saliente del FMI. Sin duda, el documento entregado por Rubens Ricupero a los participantes de Bangkok concretiza más los problemas y las vías posibles de integración de los países en desarrollo en este proceso de la globalización. Hacemos luego un breve y parcial resumen de este documento.

Kofi Annan, Secretario General de la ONU, en su discurso de inauguración había dicho algunas verdades a los países industrializados “que se cierran en sus mutuas disputas y cuyos gobiernos, favorables en principio al libre intercambio, no dan muestras de fortaleza política cuando en sus países se dan estas confrontaciones sobre arreglos proteccionistas”. Kofi Annan afirmó que no fueron los manifestantes de Seattle quienes impidieron los avances de las negociaciones comerciales, sino las disputas de los grandes países que no llegan a un acuerdo sobre las mutuas prioridades. Se hace necesario un “Parlamento Mundial” para la mundialización, a fin de que los pobres no queden al margen de la globalización...

Por lo menos se ha intentado reanudar el diálogo entre ricos y pobres, al mismo tiempo que la mayoría de ponentes han reclamado una globalización “de rostro humano”, repitiendo la expresión de J. Wolfensohn, presidente del Banco Mundial. “Esta conferencia ha permitido evaluar la globalización, lo que tiene de bueno y de malo. No se trata de condenarla, sino de tener en cuenta sus efectos negativos para estar mejor protegidos”, dijo Ch. Josselin. No se trata de tomar decisiones, sino “de medir mejor las relaciones de fuerzas, restablecer

ciertos contactos dentro de las divergencias existentes y esclarecer el debate desde una posición diferente". Se volvió a denunciar muchas veces el proteccionismo de los países ricos, solicitando que los países pobres sean integrados en el proceso de la globalización, pero no como víctimas¹⁶.

En esta misma órbita se movió el representante de El Salvador, Héctor Dada Sánchez, viceministro de relaciones exteriores, abogando por "el fortalecimiento de la capacidad de participación de los países en desarrollo en las negociaciones multilaterales". Puesto que los informes de las Naciones Unidas presentan una economía mundial que cerró el siglo con signos preocupantes de desaceleración, incertidumbre y crisis financiera, que afectan a los países en desarrollo, El Salvador desea trabajar bajo la óptica de una auténtica "Alianza Internacional" que ayude a la cooperación solidaria. "Pero que la fundamente el interés y la convicción de que somos todos —los países desarrollados, las pequeñas economías y los países menos adelantados— socios de un mismo proyecto global". El Salvador no simpatiza con las tendencias que implican un criterio de globalización en la que son socios "unos pocos", sino que busca promover un esquema global donde las naciones de todo tamaño y nivel de desarrollo participen y se beneficien. "No quisiéramos ver un océano global con algunos pocos barcos que le ofrecen botes salvavidas a quienes pueden estar en riesgo de ahogarse", subrayó Dada¹⁷. Cuando Héctor Dada, hijo, pronunciaba este discurso en Bangkok, aquí en El Salvador proseguían las interminables y no muy efectivas negociaciones del TLC con México y del ICC con Estados Unidos.

Un tema adicional, que levantó muchas suspicacias en Seattle, Davos y Bangkok, fueron las normas laborales como una aplicación poco humana del dumping. "Los delegados insistieron en que el crecimiento económico pasa por el respeto de los derechos humanos, la protección del medio ambiente y la aceptación de las normas laborales internacionales". En la reunión de Seattle, Bill Clinton solicitó "derechos laborales mínimos para todo el Tercer Mundo; no se trata sólo de bajar las barreras comerciales, sino de subir los niveles de vida". Clinton se refería, en concreto, a las formas aberrantes del trabajo infantil. Esta solicitud de Clinton generó entonces la ironía de los países europeos y el disgusto de los países en desarrollo; se trataba de una evidente contradicción entre un Clinton convertido en defensor de los trabajadores y unos Estados Unidos que no han ratificado muchos de los tratados de la Organización Mundial del Trabajo (OIT). A la ironía de los europeos se unía el temor de que los países ricos apliquen sanciones y dificulten las exportaciones del Tercer Mundo, que incumplan los estándares mínimos laborales.

En el foro de Davos, Clinton fue más explícito en estos puntos: "Clinton apoyó la idea que en las conversaciones sobre la liberalización comercial deben incluirse aspectos como los derechos de los trabajadores y el respeto al medio ambiente, e incluso defendió la imposición de sanciones a los países que no sean

capaces de mejorar la protección de los trabajadores. Clinton afirmó que no se puede esperar que, por la simple liberalización de las transacciones comerciales, los países más atrasados puedan superar su pobreza" (*ECA*, enero-febrero, 2000). Como en Davos sólo se había reunido la elite del capitalismo mundial y sus economías bogaban en la prosperidad, no hubo lugar a las ironías de Seattle ni reproches dentro del recinto turístico. Pero, desde fuera, otros recordaron a Clinton que Estados Unidos no se dignó firmar el protocolo de Kyoto, en 1998, sobre la reducción de gases de efecto invernadero. Por añadidura, su vicepresidente, Al Gore, en su obra "La tierra en juego" (*Earth in the balance*), 1992, muestra sobradamente que las multinacionales norteamericanas han contribuido dentro y fuera del país (sobre todo fuera) al deterioro del medio ambiente.

Esta ambivalencia o doble moral del gobierno de Estados Unidos no resta en nada la importancia de los tres grandes temas aquí subrayados. En la Declaración de París, suscrita por los 170 partidos miembros de la Internacional Socialista, en noviembre de 1999, se integran estos tres puntos de agenda como parte de sus objetivos y políticas mundiales. El primer cuestionamiento es qué extensión o traducción dar a la defensa de los derechos humanos, más allá del repetido estribillo de que todos somos iguales ante la ley. A este propósito nos place recomendar el mensaje de Juan Pablo II, 1º de enero 1999, donde el Papa detalla cuáles son esos derechos humanos, políticos, económicos y sociales al interior de cada nación y al interior del mundo globalizado, sobre los cuales hicimos un comentario en esta misma revista¹⁸. El programa de la Internacional Socialista versa todo él sobre diferentes facetas de estos derechos humanos, trasladando, de momento, los dos primeros acápites: "(1) Lucha contra la pobreza y el hambre, contra la explotación y la desigualdad de acceso a los recursos económicos y tecnológicos mundiales. Anulación de la deuda de los países más pobres. (2) Lucha por los derechos humanos y la democracia; avanzar en el «derecho de injerencia por razones humanitarias: no amparar la impunidad de los dictadores»... Y en un orden más internacional: (4) Reforma de la ONU y ampliación del número de miembros del Consejo de Seguridad. Reforma del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio, para adaptarlos a las nuevas realidades. Asegurar una mayor transparencia del sistema financiero internacional a través de reglas. Lucha contra el crimen organizado, el tráfico internacional de drogas y el blanqueo de dinero...". Así como ha crecido el irrespeto a los derechos humanos, así parece crecer una conciencia mundial sobre los tiempos y los lugares donde se realiza dicho irrespeto en forma masiva; uno de esos tiempos y lugares es el comercio internacional.

Otro de los puntos fundamentales es el derecho a la seguridad laboral y a la seguridad social, dos puntales de los derechos humanos, cada vez más amenazados por la teoría y la praxis del liberalismo de mercado. El gobierno de Estados Unidos, que no ha suscrito muchos de los acuerdos de la Organización Internacional del Trabajo, no es el panegirista más adecuado de la defensa de éstos y

otros derechos humanos. Algo semejante puede suceder a gobiernos de inspiración neoliberal, que hacen del mercado y de la ley (sea o no sea equitativa) el parámetro de la justicia, condenando toda manifestación como anticonstitucional o como subversiva del orden político. Los derechos humanos se ven y se sienten en forma diferente y opuesta de acuerdo a la posición económico social de quien los reclama y de quien los deniega. Este es un punto importante para leer la "nueva economía-2000", porque en las tres últimas décadas se ha agrandado la brecha que separaba las así llamadas naciones desarrolladas y no desarrolladas en virtud de algunos hechos económicos, políticos y tecnológicos.

5. La crisis de 1997 es distinta ¿y peor? que la crisis de 1930

Cuando en el segundo semestre de 1998 la crisis financiera, surgida en el continente sudasiático, sacudió a varias economías emergentes, Rusia, Brasil y países limítrofes así como hizo tambalear bastantes bolsas de valores en el hemisferio norte, algunos comentaristas y economistas nos alertaron afirmando que podía repetirse la crisis de los años treinta, iniciada en la bolsa de valores de Estados Unidos. Como durante setenta años en los libros de texto se ha unido la memoria de J. M. Keynes con dicha crisis, era normal que ante las perturbaciones financieras de 1997... se pensara en la "clonación" de un nuevo Keynes y sobre todo en una "nueva arquitectura financiera mundial". Había razones sobradas para este parangón, en particular, la necesidad de una nueva arquitectura financiera mundial. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la crisis de 1930 y la crisis de 1997, donde los malparados son los países emergentes y en desarrollo.

Sin alargar la historia, la primera guerra mundial había asolado y debilitado a las economías europeas, líderes de la industrialización del siglo XIX, al mismo tiempo que se desarrolla la economía de Estados Unidos, crecen sus grandes empresas y capitales de corto y mediano plazo pueden trasladarse a la plaza de Londres y hacer préstamos a varios gobiernos europeos. El gran auge de los Estados Unidos se asentaba en cuatro categorías o niveles de ingresos: en la escala inferior los precios-ingresos agrícolas; se sitúan encima los ingresos de los trabajadores industriales, en razón de su mayor productividad; más arriba los beneficios de las grandes empresas, por la misma razón de su productividad y gran demanda, y en la cumbre de la pirámide las elevadas cotizaciones de los títulos-valores empresariales. Llegó un momento (y éste es el temor actual de una nueva burbuja) en que el precio de las elevadas cotizaciones de títulos-valores no se correspondían con los beneficios reales de las empresas, generando las precipitadas ventas de acciones en Estados Unidos y, en consecuencia, la repatriación de los capitales colocados en Europa. En pocas semanas, las economías del hemisferio norte (a excepción de Rusia...) entran en profunda crisis de contracción, desempleo masivo y proteccionismo comercial. Por carambola, la crisis se hace transoceánica a los países suministradores de materias primas y consumidores de bienes finales.

Como la crisis de 1930 fue una crisis del norte y en el norte, que deriva en una segunda guerra mundial, terminada ésta los gobiernos y los economistas de esos países organizan una nueva arquitectura mundial, bajo la égida de Estados Unidos, dando nacimiento al Banco Mundial de Reconstrucción y Desarrollo (hoy Banco Mundial), al Fondo Monetario Internacional..., y también a la institución de las Naciones Unidas. Es una arquitectura financiera destinada primordialmente a la reconstrucción y el desarrollo del hemisferio norte. Un dato importante es que al finalizar la segunda guerra mundial, se intensifica la "guerra fría" y las naciones occidentales forman un amplio bloque económico, político y militar (Plan Marshall y OTAN), uniendo más sus mercados comunes. También las grandes instituciones financieras adquieren mayor potencia económica, a modo de cooperativas, donde los que más cotizan retienen el mayor poder. Las grandes naciones han controlado las grandes instituciones financieras internacionales a lo largo de la segunda mitad del siglo.

Cuando llega la crisis de 1997, el escenario mundial es totalmente diferente. Ya no hay guerra fría y el "gran adversario" (Rusia), aunque mantiene miles de ojivas nucleares, se ha convertido en un mendicante despilfarrador ante el FMI y en desacreditado deudor de varios gobiernos occidentales. La crisis de 1997 no nace en el hemisferio norte, sino en el bloque sudasiático, en los llamados tigres o dragones, inicialmente protegidos y amparados por sus gobiernos, mientras eran industria naciente, y luego embarcados en la globalización comercial. Su afán de crecimiento competitivo los llevó a abrir sus fronteras, sin el debido control, a capitales occidentales de corto plazo, al mismo tiempo que su sistema bancario y bancos centrales fueron profusos en conceder crédito a sectores económicos no seguros y redituables. Japón, la segunda economía mundial, tiene su propia historia económica, declinante a lo largo de la década de 1990.

El reflujo de los capitales especulativos hizo tambalear otras economías emergentes, Rusia, Brasil... y a sus socios comerciales, pero no han desequilibrado, de momento, a las grandes economías del norte. Incluso estas economías han podido beneficiarse de la "repatriación de capitales", aunque siempre estos flujos financieros son una amenaza pendiente pues, al fin y al cabo, la especulación es el arte de vivir del trabajo ajeno. Como indica el informe de Rubens Ricupero, la crisis de 1997, "crisis de desarrollo, golpeó casi exclusivamente a la mayoría de los países en desarrollo, al mismo tiempo que no tocó e incluso benefició a a las economías industriales como consecuencia de los precios de los productos básicos, la fuga de capitales (repatriación) y las importaciones baratas de manufactura, esto último por las devaluaciones monetarias"¹⁹.

También los países en desarrollo tienen su propia historia. La mayoría se han visto envueltos, a lo largo de los setenta, en el torbellino de los créditos de corto plazo (petrodólares), cuyas crecientes tasas de interés, la revaluación del dólar (en 1980), más la corrupción administrativa de gobiernos deudores, convirtieron

los préstamos iniciales en una deuda impagable. No hay lugar para entrar en detalles de este proceso, donde a la intransigencia de los acreedores (“si deben, deben pagar”) se suma la irresponsable administración de muchos gobiernos deudores. Algo turbio e inmoral permea esta historia cuando “desde el estallido de la deuda externa en 1982, los países del Tercer Mundo han reembolsado cuatro veces lo que debían, para acabar encontrándose hoy 3,5 veces más endeudados que entonces”. Lo que aquí interesa resaltar es que estos países en desarrollo entran en la globalización comercial con el pesado gravamen de la deuda externa, que, con razón o sin ella, no les facilita la inversión social, educación, salud, capacitación profesional..., indispensables en el escenario de la revolución tecnológica.

Por añadidura, terminada la guerra fría, han descendido sensiblemente las ayudas externas de los gobiernos, y las mismas instituciones financieras internacionales se encuentran cortas de fondos *ad hoc*, luego de tantos “flotadores” distribuidos entre los países emergentes (ECA, 1998, pp. 905-906). Los países en desarrollo no son atractivos para los “capitales circulantes” ni conviene que abran sus puertas a este “hot-money”. Las exportaciones tradicionales oscilan sin rumbo fijo en el mercado mundial y las no tradicionales encuentran barreras arancelarias y no arancelarias. Las economías en desarrollo entran en la globalización comercial en posición totalmente asimétrica y dependiente. Aparte de sus problemas de corrupción y desigualdad interna, la salida de la crisis requiere un elemento o factor clave, el conocimiento o dominio tecnológico, del cual precisamente más carecen estos países. Por ello, la crisis de 1997... se realiza en un escenario más conflictivo o desafiante para estos países que la crisis de 1930.

6. La globalización hace difícil la globalización

Rubens Ricupero, Secretario General de la UNCTAD, en su discurso introductorio intenta exponer ante los representantes y gobiernos de los países desarrollados, que el escenario, las normativas y el funcionamiento mismo de la globalización dificulta la integración de los países en desarrollo a este proceso de comercialización global. En otras palabras, que los países pobres, y en particular sus mayorías pobres, vean la globalización como un valladar para su desarrollo. Existen una serie de deficiencias en el entorno externo y de limitaciones internas al desarrollo, que requieren ser tomadas en cuenta y ser reformadas, si se desea una globalización viable para los países en desarrollo. Estas serían, en forma sintética, algunas de las deficiencias y limitaciones al desarrollo.

La liberalización de los capitales privados —seguida de la crisis financiera mundial con sus ciclos de auge y recesión— ha dañado más a las naciones pobres y emergentes que no cuentan con sólidas instituciones económicas y financieras. Estas economías son más vulnerables a la volatilidad financiera y al contagio de sus pánicos. Al necesitar de capitales externos, no cuentan con las debidas polí-

ticas monetarias para seleccionar las entradas y restringir las bruscas salidas de estos capitales. Esta inestabilidad financiera entraña una disminución de la producción y de la actividad comercial y, a su vez, la inestabilidad comercial agrava la inestabilidad financiera. Los pobres se benefician relativamente poco de la afluencia de capitales, pero cargan con gran parte del costo cuando se realiza la fuga de capitales y se deterioran los servicios sociales.

Con la mundialización del mercado de capitales en las dos últimas décadas, se reduce y atrofia la ayuda oficial al desarrollo (AOD), siendo aquellos capitales un sustituto imperfecto de las ayudas oficiales. En anteriores décadas, la ayuda oficial de desarrollo era el termómetro de la solidaridad internacional y podía encauzarse a los sectores más pobres de la sociedad. En las presentes décadas, estas ayudas han disminuido en términos reales e incluso nominales y tampoco se destinan en proporción mayor a los países pobres. Por añadidura, esto sucede cuando los países pobres soportan la carga de una deuda externa que no pueden atender ni pueden negociar con sus acreedores. Este endeudamiento limita, en primer lugar, los gastos y las inversiones en servicios sociales. Aunque en 1996, y de nuevo en 1999, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional promovieron iniciativas para reducir la carga de la deuda, estas iniciativas se vieron restringidas por los restrictivos criterios de selectividad y la insuficiencia de recursos financieros. El FMI se ha enfrentado a serias indisponibilidades de recursos *ad hoc*, en razón de grandes y secuenciales préstamos avanzados a los países emergentes luego de la crisis financiera mundial. "En agosto de 1998, el FMI sólo poseía 20 000 millones de dólares" (ECA, 1998, p. 906) y hace pocos meses tuvo que vender, a bajo precio, 10 millones de dólares de sus reservas-oro.

A estas presiones financieras se suman las relaciones asimétricas adoptadas en el marco de la Organización Mundial del Comercio, que desató la cólera y el rechazo de Seattle porque sirven y propician el desarrollo de los países ya desarrollados. Sólo los gobiernos que disponen de medios necesarios pueden dedicar fondos a la investigación y promoción de nuevas tecnologías y de la competitividad de productos transables. Las nuevas tecnologías son aseguradas por "Derechos de Propiedad Intelectual"; derechos honorosos para los países pobres e imposibles para los más pobres. "En términos más generales, los miembros de la Organización Mundial del Comercio, cuyas empresas están a la cabeza de la tecnología de punta, aprovechan rápidamente el sistema para «asegurarse» su ventaja competitiva, velando porque los mercados permanezcan abiertos a los productos fabricados con esas tecnologías".

Contraria es la situación de los productos que interesa exportar a los países en desarrollo, especialmente alimentos y fibras o textiles. Los obstáculos interpuestos a los productos alimenticios desanima la diversificación hortícola, aparte de las técnicas de envase y red de transporte que requiere su exportación. Los textiles y las prendas de vestir encuentran el valladar de los aranceles y de las

restricciones cuantitativas (contingentes), que no desaparecerán hasta el año 2005. Paradoja histórica, los textiles fueron un ejemplo típico de exportación de los países desarrollados (Inglaterra) como nos lo recuerdan todos los libros de texto. Ahora los países desarrollados cierran esta oportunidad a los países de la nueva ultramar. Con estas restricciones se priva de ingresos a los sectores más pobres campesinos, así como a la mano de obra femenina que labora en los textiles y prendas de vestir. A todo ello se agregan las barreras sanitarias, los costos de certificación y otras medidas antidumping, so pretexto de no cumplirse las normas laborales. Toda la contextura de normas aplicadas, legal e ilegalmente, en la Organización Mundial del Comercio dificultan seriamente el desarrollo de los países pobres. Cinismo y doble moral.

A estas dificultades externas se agregan otras limitaciones internas de los países en desarrollo. Ha disminuido sensiblemente la demanda de los productos básicos en el comercio internacional, mientras que otras exportaciones tradicionales se ven sometidas a ciclos alternativos que desorientan y desaniman su producción. Estos países venden en un mercado controlado por los compradores y adquieren sus importaciones en un mercado dominado por los vendedores. La solución estaría en la diversificación de la producción y las exportaciones; pero ello requiere tiempo, inversión y nuevas tecnologías, premisas que están al alcance de pocas economías. Cada vez es mayor la complejidad del comercio internacional, dada la interconexión existente entre las inversiones, el financiamiento, el transporte y la red de información. La sola red del transporte, fletes, trámites, aduanas, procesos administrativos..., representa un obstáculo adicional al comercio.

De manera especial falla el primer requisito, fundamento del comercio interno e internacional: la especialización en el trabajo que hoy día se centra en el conocimiento y la inversión tecnológica. La producción y el crecimiento se basan en el conocimiento tecnológico, en la investigación, el diseño de productos, la ingeniería de procesos, el control de calidad, los sistemas de gestión y la comercialización... La manifestación más reciente es la expansión del Internet (el "totem" de Davos-2000), que integra unos 200 millones de usuarios en 140 países interconectados. Estos nuevos "conocimientos" determinan los niveles de renta entre países y al interior de los países. De esta premisa se derivan dos conclusiones: que los países que carecen de esta calificación quedan rezagados y, también, que al interior de cada país se está dando un crecimiento con deterioro del género de vida en amplios sectores de su población. En este sentido, se dice que la globalización será conocida como la era de las desigualdades.

Si el conocimiento tecnológico es la clave del desarrollo, los gobiernos deberían formular políticas de fomento de estos conocimientos y calificaciones técnicas. Sin embargo, muchos países en desarrollo son incapaces de afrontar este desafío y poder cumplir, en forma significativa, con las normas exigidas en el

marco de la Organización Mundial del Comercio. (Se habla, incluso, de una paradoja: mientras que muchos adultos necesitan volver a la escuela para adquirir las nuevas tecnologías, millones de niños —250 millones— se dedican a trabajar en vez de ir a la escuela.) Esta dificultad es mayor en las pequeñas y medianas empresas (PYME), siendo ellas tan importantes para el crecimiento de toda la economía. De ahí la importancia de programas gubernamentales, incluida la ayuda externa y de organismos no gubernamentales que colaboren para este fin. Otro vaso comunicante de conocimientos y calificación es la inversión directa extranjera (IDE) para la producción y el montaje de manufacturas sencillas. De hecho, la distribución geográfica de esta inversión directa extranjera ha sido muy desigual y concentrada en un pequeño número de países. Además, esta inversión extranjera depende de la propia base educativa y técnica de cada país; es un complemento y no un sustituto. Los buenos efectos de la IDE deben asegurarse con la agrupación de empresas locales, muchas de las cuales pueden ser pequeñas o medianas.

Un factor clave para la adopción de políticas económicas es el modelo de desarrollo y, en concreto, el papel que se atribuya al Estado. Esto, a su vez, depende del modelo económico adoptado por las instituciones internacionales y por los principales suministradores de ayudas en el pasado decenio elegido por los países en desarrollo. La teoría y la praxis impuestas recomendaban “que el Estado dejara de intervenir directamente en las actividades productivas y adoptara medidas de amplia liberalización de la actividad económica, incluido el comercio exterior, a fin de que los mercados pudieran fijar los precios adecuados... Con arreglo a este criterio, el Estado debía contribuir más activamente a la creación de un entorno seguro y previsible para la empresa privada...”. Se trataba de la estabilidad macroeconómica y de un marco jurídico propicio a la actividad económica. Sin embargo, cada vez es más evidente que estos elementos distan mucho de ser suficientes.

Por ello, al interior de la UNCTAD se plantean una serie de interrogantes. “Por ejemplo: ¿en qué medida deben ser uniformes los modelos de desarrollo? ¿Las nuevas disposiciones y las ya vigentes en el plano internacional limitan excesivamente la capacidad de maniobra de los países en desarrollo? En caso afirmativo, ¿deben estos países tener un margen mayor de maniobra? Sin embargo, cabe destacar sobre todo tres temas: lograr un buen funcionamiento de los mercados, velar porque los costos y beneficios del crecimiento se distribuyan equitativamente, y garantizar un entorno favorable”. Era todo esto lo que se pretendía lograr con la desregulación, la privatización y la liberalización de los mercados. Pero no ha sido éste el resultado. La ausencia del Estado no garantiza la libre competencia ni el buen funcionamiento de los mercados. “La sustitución de un monopolio público regulado por un oligopolio privado no supone ningún adelanto. Tampoco supone un progreso la desaparición de las restricciones arancelarias y no arancelarias al comercio para ser sustituidas por obstáculos a la

libre competencia impuestos por las empresas. Por estas razones, el fomento de la libre competencia debe ser una actividad explícita del Estado y esta política debe promoverse, desarrollarse adecuadamente y ponerse en práctica”.

Se esperaba que la liberalización del sector financiero sirviera al desarrollo económico, pero hoy día en todas partes se hace más urgente y recomendada la reglamentación, vigilancia y supervisión de todo el sistema bancario. “Se esperaba” (una esperanza sin mucha fe) que el crecimiento económico daría como resultado un mayor bienestar social, y que los gobiernos adoptarían medidas para asegurar el establecimiento de redes de seguridad social. El resultado ha sido el opuesto: ni el mercado ha propiciado en ninguna parte la equidad distributiva, ni los gobiernos de países en desarrollo se han distinguido por la seguridad social. Por añadidura, la teoría y las exigencias de los equilibrios presupuestarios han llevado a que, en un mundo condicionado por los conocimientos y las calificaciones técnicas, los Estados reduzcan relativamente las partidas de educación, formación profesional e inversión social, entorpeciendo así el desarrollo sostenible. El descuido generalizado en la formación de la mujer y en la atención a sus derechos es un nuevo obstáculo para el desarrollo futuro.

Esta serie de reflexiones han sido extractadas de la primera parte del documento que Rubens Ricupero distribuyera a los participantes en esta décima conferencia sobre desarrollo y comercio internacional. Sin duda le habrán prestado más atención y mayor tiempo de lectura los representantes de los países en desarrollo. Ricupero termina este capítulo, primero, con una breve pero fundamental afirmación. A los países del Tercer Mundo, es decir, a sus gobiernos, se les ha engañado con la imagen distorsionada del concepto paradigma de “mercado”. Dada su rápida transformación cuantitativa y cualitativa, los países en desarrollo descubren, a costa propia, que el mercado no es un buen paradigma y, por lo tanto, no es un “modelo”. El mercado de la globalización es un poder que no se puede controlar y un huracán que no se puede prevenir.

Mercado significa la amplia red o archipiélago de las filiales multinacionales, cuyas cifras de ventas anuales superan veinte veces nuestros productos internos brutos. Mercado es el flujo inestable de capitales privados especulativos que, en cuatro días de juego en bolsa de valores, moviliza un monto de dinero mayor que el producto bruto mundial de un mes. Mercado son los monopolios u oligopolios fusionados de los medios de comunicación social en general, y más en particular los controlados por las megaempresas de la informática Internet, autocalificados y autodestinados a crear la nueva cultura, los nuevos valores que hacen de la moneda el álgebra de toda la actividad humana, destruyendo los tradicionales valores sociales y la ética más fundamental. Mercado son los *managers* o mercaderes de estos tres grandes mercados, que tienen fuerza para doblegar a los Estados y debilitar toda identidad nacional.

Llegamos a la gran contradicción del neoliberalismo que, opuesto por décadas a regímenes de planificación central y defensor de las libertades individuales y sociales, se convierte ahora en el supremo planificador del modo de producción, de la homogeneización de toda la cultura y de la exclusión de las libertades individuales y sociales. Para el "mercado", el mundo es una "aldea". Pero la historia enseña que la integración y la desintegración se alimentan mutuamente, generando fuerzas centrífugas. A nivel mundial crece la conciencia de regular y controlar la presente globalización. Esto nos lleva a resumir los principales objetivos de la Internacional Socialista.

7. Estudiar el capitalismo para reformarlo

En la segunda semana de noviembre, de 1999, se reúne el XXI Congreso de la Internacional Socialista con la participación de 23 primeros ministros y 143 partidos miembros de la institución, firmando "La Declaración de París". Los portavoces de la presente Internacional Socialista son los primeros ministros de Inglaterra, Tony Blair, de Francia, Lionel Jospin, de Alemania, Gerhard Schröder y de otros países europeos y otros continentes. La Internacional Socialista va abandonando progresivamente el eurocentrismo; cincuenta nuevos partidos se han incorporado en los últimos siete años, llegando hoy a ser 170 partidos miembros. Hay un hilo conductor común: se hace necesaria una "Tercera Vía", que no todos los miembros la entienden de forma rígida y uniforme, sino más bien como una alternativa para enriquecerse con las diversas experiencias. Por ello se pretende abandonar el eurocentrismo y aprender de otras experiencias o modalidades. Se llega a una confluencia de objetivos, que buscan reestructurar la presente globalización. Trasladamos estos objetivos antes citados parcialmente.

(1) Lucha contra la pobreza y el hambre, contra la explotación y la desigualdad de acceso a los recursos económicos y tecnológicos mundiales. Anulación de la deuda de los países más pobres. (2) Lucha por los derechos humanos y la democracia: avanzar en el derecho de injerencia por razones humanitarias: no amparar la impunidad de los dictadores. (3) La construcción de la paz y de la seguridad a través de un nuevo orden internacional. (4) Reforma de la ONU y ampliación del número de miembros del Consejo de Seguridad. Reforma del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio para adaptarlos a las nuevas realidades. Asegurar una mayor transparencia del sistema financiero internacional a través de reglas. Lucha contra el crimen organizado, el tráfico internacional de drogas y el blanqueo de dinero. Creación de un Consejo de Seguridad Económica en la ONU (5) Dar respuestas rápidas y sostenidas en el tiempo al problema de la protección del ecosistema... (6) Europa anticipa un modelo de regionalismo abierto y adecuado para hacer frente a los desafíos a los que no pueden responder eficazmente los estados-naciones. Fomento de este modelo en Asia, África y América Latina...

Estos objetivos trascienden el diseño de un modelo económico interno o nacional e incluso hay ciertas divergencias en la traducción que se dará al documento de A. Giddens, "La Tercera Vía". Lo que realmente buscan estos 170 partidos es una reestructuración de la actual globalización y del actual orden mundial. Se podrá hablar de una globalización humana y social, puesto que la revolución tecnológica está presente y debe encauzarse hacia todos los países. Se fijan como objetivos luchar contra efectos concretos de la globalización: la pobreza, el hambre, la desigualdad en el acceso a los recursos económicos y tecnológicos, tal como aparecen en el documento de R. Ricupero. Se integran como objetivos universales la democracia y los derechos humanos, resaltados anteriormente por autores como A. Schelesinger y A. Tourraine (*ECA*, 1998, p. 900-901) y reclamados calurosamente en Seattle por los manifestantes y los países en desarrollo.

Cuando se habla de un nuevo orden internacional, se concreta en la reforma de las grandes instituciones del Fondo Monetario Internacional (que los "poderosos" quisieran privatizar o encomendar a los capitales privados), del Banco Mundial (de donde los "poderosos" exiliaron a J. Stiglitz), de la Organización Mundial del Comercio (dominada sobre todo por Estados Unidos), de la ONU (en cuyo Consejo de Seguridad se asientan con poder de veto los cinco países mayores exportadores de armas) y donde falta un Consejo de Seguridad Económica, que defienda una mayor equidad en el orden e intercambio mundial. Se cita el injusto tema de la deuda externa, sobre el cual se trata de hacer conciencia pero, como dijo M. Candessus, los países industrializados quitan con una mano (las relaciones comerciales) lo que dan con otra mano, las pequeñas reducciones de la deuda externa.

Se reafirma la conciencia de controlar los flujos del mercado financiero internacional. En La Declaración de París se lee: "acabar con los flujos incontrolados de capitales, culpables, en opinión de los socialistas, de las continuas crisis financieras y colocarlos bajo el foco fiscalizador, constituye su respuesta a un fenómeno que amenaza con contaminar el sistema democrático. Sin transparencia y sin control, perdurando los paraísos fiscales, será cada vez más difícil luchar contra el blanqueo de capitales procedentes de prácticas corruptas enraizadas en algunos países y de flujos contaminados que tienen su origen en la criminalidad organizada internacionalmente". Entrados en la era del Internet, los traficantes de drogas, de armas, de la prostitución y hasta de títulos-valores sin valor utilizan esta vía rápida para el crimen organizado. Un objetivo importante es la institución de un "regionalismo abierto", que pueda orientar a los Estados agrupados a hacer frente a aquellos desafíos que individualmente no pueden responder. Se trata de crear bloques de países, al estilo europeo, que adquieran fuerza mayor frente al poder y el huracán de la globalización.

Lo valioso de estos objetivos es que se quieran lograr a nivel internacional, de manera que una internacional social y socialista, de nuevo cuño, se alce como

un poder compensador frente a la internacional capitalista. Esto explica la adhesión de tantos partidos de ultramar, a cuyas naciones más aflige la globalización. Desde esta perspectiva, el primer ministro francés, Lionel Jospin, invita a la Internacional Socialista a “estudiar el capitalismo para reformarlo”. “El socialismo es un debate. Ahí veo la vitalidad de nuestra reflexión, el signo de la fraternidad que nos anima. Cada uno de nuestros movimientos busca la modernidad. Cada uno lo hace a su manera. Con sus referencias, con su historia, con su cultura política. Y esto está muy bien. La fuerza de la Internacional Socialista es saber conjugar la unidad con la diversidad. La diversidad, pero sin diluir nuestra identidad común. Todos somos socialistas democráticos. La unidad, pero sin afincarnos en un dogmatismo, nutriéndonos de nuestras experiencias los unos y los otros, vivimos en armonía con nuestro tiempo... Queda la tarea de ir cambiando la sociedad”... En resumen, se trata de un socialismo plural y pluralista, que rechaza igualmente la tendencia al “Estado mínimo” como la “sacralización del mercado”...²¹

Después de leer La Declaración de París, escuchar a sus representantes europeos y de ultramar y de repasar los amplios objetivos simplemente resumidos, el artículo aquí citado llevaba por título: “¿Hacia un pos-neoliberalismo?”. Al mismo tiempo que se ensancha la brecha norte-sur, crece la conciencia por luchar —como bloque de grupos y naciones— por un nuevo orden internacional, se llame Tercera Vía o se transforme en una “globalización de la solidaridad”, Juan Pablo II. Frente al “hombre de Davos” se alza el “hombre de Seattle”.

Notas

1. A. Giddens, *La Tercera Vía: la renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Madrid, 1999.
2. F. J. Ibisate, “¿Hacia un pos-neoliberalismo?”, *ECA*, enero-febrero, 2000, pp. 59-77.
3. H. Dieterich, et al., *El nuevo proyecto histórico: el fin del capitalismo*, Txalaparta, Tafalla, Navarra, 1999.
4. A. Solzhebitsin, *El colapso de Rusia*, España, Madrid, 1999; Y. Afasianev, *Mi Rusia Fatal*, Anaya&Mario Muchnik, Barcelona, 1994.
5. F. J. Ibisate, “Cumbre mundial sobre el desarrollo social: la pobreza, el desempeño y la integración social”, *Realidad*, 42, noviembre-diciembre, 1994.
6. M. Pérez, “Clinton centra su discurso en los que quedan al margen del progreso”, *El País*, 30 de enero de 2000; *La Prensa Gráfica*, “Clinton pide oír voces antiglobalización”, 31 de enero de 2000, p. 36.
7. F. J. Ibisate, “¿Hacia un pos-neoliberalismo?”, *ítem*, p. 61.
8. F. J. Ibisate, *ibídem.*, p. 65.
9. F. J. Ibisate, “Davos-2000: la economía es más que Internet”, *ECA*, 2000.
10. Ll. Bassets, “Un foro para vender el éxito de la nueva economía”, *El País*, 30 de enero de 2000.
11. H. Wachtel, “Trois taxes pour métriser la spéculation”, *Le Monde Diplomatique*, octubre, 1998.

12. J. Estefanía, "Gobernar la globalización", *El País*, 20 de febrero de 2000.
13. F. J. Ibisate, "En búsqueda de una tercera vía", *ECA*, 1999, p. 465.
14. J. C. Pomonti, "Comment intégrer les pays pauvres á la mondialization", *Le Monde*, 12 de febrero de 2000.
15. "Los países ricos se niegan a abrir más sus fronteras en la reunión de Bangkok", *El País*, 18 de febrero de 2000; "Los países ricos aceptan un mínimo compromiso para abrir sus mercados", *El País*, 19 de febrero de 2000; "La UNCTAD pide que los beneficios de la globalización sean accesibles a todos", *El País*, 20 de febrero de 2000.
16. "Cientos de activistas contra la globalización resucitan en Bangkok el espíritu de Seattle", *El País*, 14 de febrero de 2000; J. C. Pomonti, "Michel Candessus craint une nouvelle crise financière", *Le Monde*, 15 de febrero de 2000; J. C. Pomonti, "Le dialogue entre pays riches et pauvres s'est renoué lors de la reunión de la CNUCED, á Bangkok", *Le Monde*, 20 de febrero de 2000; EFE, "La UNCTAD pide que los beneficios de la globalización sean accesibles a todos", *El País*, 20 de febrero de 2000.
17. E. A. Recinos, "El Salvador pide apertura a los países ricos", *La Prensa Gráfica*, 21 de febrero de 2000, p. 38.
18. F. J. Ibisate, "Jornada mundial de la paz, 1999: el siglo XX y los derechos humanos", *Realidad*, enero-febrero, 1999, pp. 69-94.
19. R. Ricupero, "Informe del Secretario General de la UNCTAD a la Xa. UNCTAD", p. 8.
20. F. J. Ibisate, "¿Hacia un pos-neoliberalismo?", *idem*, pp. 59-77.

